

11 de Septiembre de 1932

El dinero a Dios prestad
y obtendréis buen rendimiento
aquí por cada uno ciento,
y allá la felicidad.



LA HOJA PARROQUIAL



SANTA MARIA LA REAL DE LA CORTE.—OVIEDO

¡Hay que sostener el Culto y Clero!

Apreciables lectores de «LA HOJA»:

Hoy va a prescindir ésta de su acostumbrada variedad, y se va a dedicar por entero a recordaros una urgentísima obligación que incumbe ahora a los católicos.

No vamos a meternos a filosofar sobre las causas de que nos haya venido encima esta carga. Si lo hiciéramos, fácilmente hallaríamos que ha sido *por nuestra culpa, por nuestra culpa, ¡por nuestra grandísima culpa!* Pero, en fin, ya que la culpa está cometida, justo es que paguemos la pena.

Supongo que ya os habéis dado cuenta de que nos referimos al desamparo en que han quedado el Culto y el Clero; porque los gobiernos, después de haber arrebatado en el pasado siglo los bienes que había para esto, suprimió ahora lo que venía dando como indemnización.

Culpa nuestra fué, por haber votado a candidatos impíos, o por no haber votado a los buenos, o no haber trabajado en este sentido cuando debíamos. Ahora que lo vemos debemos estar pesarosos y proponer firmemente la enmienda; pero entre tanto, hay que atender a esta necesidad. Ello es una

obligación natural.

Dios nos crió, y por tanto tiene sobre nosotros perfectísimo dominio. Podía exigirnos cuanto somos y tenemos, como el que planta un árbol se llama a la propiedad de todos los frutos que produce, como el que hace una casa reclama su uso o sus rentas. El se conforma con muy poco; pero exige, sí, que le rindamos el merecido acatamiento.

Nos dió el alma, y quiere que ésta se le someta por la oración y adoración. Nos dió el cuerpo, y también quiere que éste le rinda homenaje con el culto externo y los ayunos y penitencias. Nos dió los bienes de fortuna, y quiere que invirtamos en su honor algunos de ellos, contribuyendo al esplendor del Culto y al mantenimiento de los Ministros del mismo.

La Religión lo exige.

Es la Religión una virtud que nos inclina a dar a Dios el honor debido, por habernos criado y por los beneficios que nos ha hecho, que son tantos cuantos bienes tenemos, pues, como dice el Apóstol Santiago: *Toda dádiva buena y todo bien perfecto viene de arriba, desciende del Padre de las Luces.*

Esta Religión es el primer deber que tenemos en el mundo; porque a nadie estamos más obligados que a Dios, ni aun a nuestros padres. Si a éstos debemos el ser, ellos y nosotros le debemos primeramente a Dios, sin el cual nada existiría.

Y se practica esta Religión por medio del Culto, interno y externo. El cual culto exige ciertos dispendios y ciertos Ministros dedicados a él. Así lo han entendido y practicado todos los pueblos, y así lo ha ordenado también el mismo Dios, como luego veremos.

No vale, pues, decir: Yo tengo la Religión en mi interior, o la practico a mi manera, entendiéndome directamente con Dios sin necesidad de intermediarios. Como se trata de agradar a Dios, hay que hacer lo que El manda; de lo contrario, mal se le podrá agradar.

Por nuestro propio bien.

Dios está riquísimo y es infinitamente feliz. Nada, por tanto, damos para su provecho cuando practicamos la Religión. Cumplimos una obligación sagrada; pero además con ello nos granjeamos muchísimos bienes, como serían inmensos los males que nos acarrearíamos si no cumpliésemos tan sagrado deber.

Practicando nuestra sacrosanta Religión, Dios mora entre nosotros de una manera especial. Si cada uno tenemos en el pueblo nuestra casa, El tiene también la suya, que es la iglesia. Y en esta iglesia mora, no ya sólo la Majestad de Dios, como en el templo de Salomón, sino el mismo Dios en persona, Cristo Señor nuestro, que está verdaderamente en el Santísimo Sacramento del Altar.

¡Qué dicha! ¿Dónde la habrá semejante? Si tuviéramos en mucho que en nuestro pueblo morase el Rey o Presidente de la república, ¿En cuánto más debemos tener que more el Rey de reyes y Señor de señores? ¿Qué mejor vecino podríamos desear, y que tan poderoso y amante fuese para atender a todas nuestras necesidades?

¡Cuántas gracias, espirituales y temporales, nos atraerá del cielo Cristo desde el sagrario! ¡Cuántos castigos nos evitará!

Por esta sacrosanta Religión mora entre nosotros el Sacerdote, el Ministro de Cristo, que ejerce sus veces visiblemente en nuestra parroquia. El sacerdote que recibe nuestros hijos y los santifica al nacer; que los educa en el temor de Dios y respeto a sus padres, inculcándoles la moral cristiana, única sólida y eficaz; que a ellos y a nosotros nos atrae las gracias del cielo con su oración, y particularmente con el Santo Sacrificio en que inmola al mismo Cristo; que alimenta nuestra vida espiritual y cura las llagas del alma con los Santos Sacramentos; que nos instruye y reprime con sus sermones y exhortaciones; que santifica nuestra unión en el Matrimonio; que nos asiste y consuela en nuestras tribulaciones, y particularmente en la última y tremenda en que nos disponemos a partir de este mundo, preparándonos para tan tremendo viaje; que aún después de muertos nos sigue con sus plegarias y sufragios, hasta conseguir que lleguemos a la eterna felicidad para la que fuimos criados.

¡Desgraciado el pueblo en que llegue a faltar el Sacerdote!

Consecuencia de esta falta será generalmente la falta de Cristo Sacramentado. ¿Y qué hará un pueblo sin Sacerdote y sin Cristo? Retornar al salvajismo, como ha ocurrido donde quiera que han faltado.

¿Y no será esto hasta motivo de vergüenza ante los demás pueblos?

Lo que han hecho otros pueblos.

Desde que Dios crió al hombre, éste ha reconocido su soberanía, dándole algo de lo que reconocía deber a su liberalidad.

Recordemos los sacrificios de Caín y Abel, de Noé al salir del arca, de Melquisedech, de Abrahán, Isaac y Jacob.

Y lo mismo que estos, que reconocían al Dios verdadero, hacían y hacen los idólatras. Los comerciantes árabes, que negociaban en incienso, daban el diezmo del mismo al dios Sabis. Los escitas le daban al dios Apolo. Los persas daban también a sus dioses la décima parte de los despojos que cogían al enemigo. Igual tributo rendían los cartagineses y los romanos. En fin, todos los pueblos de la tierra han reconocido un Dios y le han honrado con sus personas y con sus bienes, no escatimando, sino procurando tributarle un culto digno de la majestad que en él reconocían.

El pueblo hebreo.

Este pueblo, escogido por Dios para su servicio, aunque en varias ocasiones le fué infiel, respecto a la liberalidad para con Dios puede presentarse como modelo.

Cuando se trató de construir el Tabernáculo, que era el templo que habían de tener durante su peregrinación por el desierto, invitados por Moisés a que aportasen materiales, trajeron tanto oro, plata y toda clase de objetos preciosos, que Moisés tuvo que publicar un bando para que no trajesen más, pues ya había de sobra.

El templo de Salomón, obra también de la esplendidez judaica, es la primera maravilla del mundo, no habiéndose conocido otra cosa igual en magnificencia y en riqueza.

Los sacrificios de carneros, terneros etc. eran numerosísimos, y además daban el diezmo de cuantos frutos de la tierra cogían, de modo que la tribu de Leví, que era la encargada del culto del Señor, no se dedicaba a otra cosa y tenía para sus necesidades como cuatro veces que las demás.

Y lo que es muy de notar es que todo esto fué mandado por el mismo Dios, lo que demuestra cuánto le agrada que se le honre con esplendidez y que se contribuya con igual largueza a la sustentación de sus Ministros.

Los cristianos.

Ya se comprende que, si en aquellos tiempos en que los templos eran sólo simbólicamente la casa de Dios se exigía tanta magnificencia, mucho mayor la debiera haber en estos, en que Dios reside con toda verdad. Y más si consideramos la doble obligación que ahora tenemos para con Dios, que ya es además de nuestro Creador, nuestro Redentor, y esto a costa de su misma sangre. Por cierto que jamás le podemos honrar cuanto se merece por este sólo título.

En los primeros siglos no pudieron los cristianos ejercer su religión con esplendidez; mas luego que tuvieron libertad para ello, asombra ver que luego cuajaron el mundo de excelentes iglesias, y con qué liberalidad concurrían con lo necesario para el esplendor del Culto y la sustentación de sus Ministros.

Verdad es que después que pasaron los primeros fervores, hubo quienes se mostraron avaros para con Dios, y por eso fué necesario que la Iglesia diese un precepto. Pero, una vez dado ese precepto, le cumplían con religiosa exactitud, dando las primicias y la décima parte de todos sus frutos. Y con esos diezmos y con otras mandas y donativos se fué constituyendo el patrimonio de la Iglesia, tan pingüe que excitó la codicia de los gobernantes, y no pararon hasta apoderarse de él.

Lo que debemos hacer nosotros.

Nosotros nacimos y hemos vivido hasta ahora mal acostumbrados. Fiados en que el Estado contribuía al sostenimiento del Culto y sus Ministros, no nos preocupábamos mayormente de esta obligación, y eso que estaba, en general, bastante descuidada. Mas ahora el preocuparse de esto es cuestión de vida o muerte. Si queremos tener Religión, si no nos resignamos a que ésta vaya amortiguándose en nosotros y desaparezca completamente en nuestros hijos, llegando a vivir en el mundo como las bestias, no hay más remedio que aportar lo necesario para sostenerla.

«No hay mal que por bien no venga», dice el refrán. Y este mal de la supresión de la paga para el Culto y Clero también traerá grandes bienes, si cumplimos la obligación que de ello se deduce. Como no pagábamos la Religión, no la teníamos en estima; y nos habíamos forjado la idea de que la Religión consistía nada más que en algunas prácticas poco costosas. Y la Religión es sacrificio y desprendimiento, y sólo la tiene de veras aquél que está pronto a dar por Dios cuanto tiene y cuanto es, hasta la vida si fuera necesario.

¿No nos caería la cara de vergüenza, si por nuestra tacañería e insensatez llegasen hasta desaparecer las iglesias que, a costa de tantos sacrificios, construyeron nuestros padres? El bien o el mal no será para el Cura, que al fin no le faltará un pedazo de pan, será para nosotros y para nuestros hijos, que nos veremos privados de los medios necesarios para conseguir nuestro fin, siendo muy desgraciados en esta vida y más en la otra.

¡Animo, pues!

Contribuyamos cada uno en la medida de nuestras fuerzas. El que pueda poco, con poco; el que mucho, con mucho.

Ya no se nos exige precisamente la décima parte de nuestros haberes, sino una parte insignificante; por ejemplo, una peseta al mes el que gana doscientas, que no es más que el medio por ciento. ¿Seremos tan tacaños con Dios, que le neguemos esta insignificancia? ¿Y tendremos para vicios y lujos mundanos, y no tendremos para Dios?

Según nos portemos recibiremos el pago. En manos de Dios está todo. El puede retribuirnos y nos retribuirá con exceso, aun en este mundo, lo que le demos; y puede también quitarnos inmensamente más que lo que la debíamos dar y le negamos.

No olvidemos esto; y sobre todo, no olvidemos el premio o el castigo eterno que nos espera, según lo hayamos merecido.

PENSAMIENTOS

Tres pocos y tres muchos funestos al hombre:

Saber poco. Hablar mucho.

Tener poco. Gastar mucho.

Valer poco. Presumir mucho.



Cultos.—Hoy es la fiesta de la Patrona; la misa solemne será a las nueve y media, y a la misa de once expondrá el Santísimo, que estará de manifiesto hasta los cultos de la tarde. Estos serán a las 4 y media, y habrá sermón, siendo orador un reverendo P. Carmelita. De la parte musical, así de la novena como de la misa y cultos de la tarde, está encargado el coro de señoritas que con tanta competencia dirige la de Abruñedo.

Los buenos feligreses han de asistir a estos cultos y también hacer una buena confesión y comunión en honor de nuestra Patrona, pidiéndole por las necesidades espirituales de la Parroquia, en estos tiempos de tanta irreligiosidad y corrupción de costumbres.

El martes comienza el quinario de las Llagas de S. Francisco. Será a las 7 de la tarde, y a él han de asistir particularmente los Terciarios Franciscanos. Estos tienen indulgencia plenaria hoy, el martes, el miércoles, sábado y domingo próximo. El sábado tienen también absolución general.

Bautizada.—El día 1 de éste, María Luisa Ariznavarrieta García, nacida el 28 de febrero, Plaza del Marqués de Mohías, 7.

Dios la haga buena cristiana.

Proclamados.—Don Luis Becerra Delgado, de S. Pedro de los Arcos, con doña Esperanza García Fernández, de ésta; don Nicánor Díaz Cabal, de ésta, con doña Rufina Rodríguez García, de S. Julián de los Prados.

Casados.—El 31 del pasado, don Ramón Rodríguez y Rodríguez, de Pola de Siero, con doña Mercedes Trespalacios Fernández, de ésta.

Enhorabuena y para servir a Dios.

De Catecismo

Hoy, con motivo de haber exposición a la misa de 11, asistirán al Catecismo las niñas, lo mismo que los niños, a las diez y media.

Lista de donantes para un Sagrario

En el número anterior apareció equivocada la suma. Es ésta 792,60 y continúa de esta manera:

	Pesetas
Suma anterior.	792,60
D. ^a Asunción Menéndez	0,50
D. Jenaro Vallina	10
» Enrique del Saz y señora	50
Una devota	3
D. ^a Concepción Mori	5
» María Asensio	1
Una devota	2
D. ^a Aurora Pérez Marqués.	5
D. Teodoro Aparicio	5
Una feligresa	2
Otra idem.	1
D. Gaspar Ripoll	5
D. ^a María González	10
Suma.	892,10

En especie entregó doña Matilde Camús Solís dos sortijas de oro y dos cubiertos de plata.

Continúa abierta la suscripción.

Feligrés que se ausenta.

Nuestro buen feligrés y favorecedor de LA HOJA, don Gaspar Ripoll, habiendo quedado sin familia en esta después de la muerte de su querida esposa, marchó para la Habana, donde tiene una hija y más familia.

Su marcha ha sido grandemente sentida por los numerosos amigos con que contaba, entre los cuales nos honramos en figurar. Dios le acompañe y le bendiga.

Por la visita al Santísimo

Su Santidad el Papa, con ocasión del Congreso Eucarístico de Dublín, recientemente celebrado, ha concedido perpétuamente a todos los fieles las siguientes indulgencias:

Diez años cada vez que visitan, con el corazón contrito, el Santísimo Sacramento, rezando seis Padrenuestros con Ave María y Gloria.

Plenaria una vez a la semana, comulgando, a los que hubieran hecho la visita todos los días de ella.